

Pureza taumaturga. Coronación pontificia de la Inmaculada Virgen de la Salud de Pátzcuaro*

Thaumaturgic Purity. Pontifical coronation of the Immaculate Our Lady of Health of Patzcuaro

Cristina FONSECA RAMÍREZ
Universitat Jaume I

RESUMEN

El proceso de romanización en las Iglesias nacionales hispanoamericanas, durante los pontificados de Pio IX y de León XIII, tuvo como finalidad realizar un reacomodo de sus propias estructuras, ponderando la autoridad de la jerarquía romana y del papado frente al poder que ejercía el clero nacional. Esto provocó fuertes fracturas y polarizaciones al interior de la Iglesia mexicana, de forma que se crearon dos facciones bien definidas: romanos vs. locales. Estos grupos lucharon por la hegemonía del poder político de una Iglesia en pugna con los gobiernos de la Reforma Liberal juarista, caracterizados por su vertiente laica. La problemática se extrapoló a las devociones marianas más representativas de cada facción, con la coronación pontificia como escenario perfecto para demostrar su poder político y económico. Después de dos importantes coronaciones promovidas por el clero romano, el clero local se sumó a la misma estrategia de sus contrincantes con la coronación pontificia de la Virgen de la Salud de Pátzcuaro, importante advocación mariana que se convertirá en bandera en esta contraofensiva del clero local comandada por José Ignacio Árciga y Ruiz de Chávez. De este modo, lo que aparentemente se mostró como una pugna de advocaciones, enmascaró toda una guerra por el control político y económico entre distintas jerarquías eclesiales en la Iglesia mexicana.

PALABRAS CLAVE

Romanización; Iglesia mexicana; Siglo XIX; coronación pontificia; Virgen de la Salud; Pátzcuaro.

ABSTRACT

The aim of the Romanization process in Spanish-American national churches, during the pontificates of Pius IX and Leo XIII, was to rearrange their own structures, weighing the authority of the Roman hierarchy and the papacy against the power exercised by the national clergy. This provoked major fractures and polarizations within the Mexican Church, thus creating two well-defined factions, Romans vs. Local. These two groups fought for the hegemony of the political power of a Church in conflict with the governments of the Juarista Liberal Reform, characterized by their secular nature. This problem was extrapolated to the most representative Marian devotions of each faction, with the pontifical coronation as the perfect scenario in which to demonstrate their political and economic power. In this way, and after two important coronations promoted by the Roman clergy, the Local clergy used the same strategy as its opponents, promoting the pontifical coronation of Our Lady of Health of Patzcuaro, an important Marian devotion that would become a flag in this counteroffensive by the Local clergy commanded by José Ignacio Árciga and Ruíz de Chávez. Thus, what appeared to be a struggle of invocations, masked a war for political and economic control between different ecclesiastical hierarchies within the Mexican Church.

KEYWORDS

Romanization; Mexican Church; XIXth century; pontifical coronation; Our Lady of Health; Patzcuaro.

CÓMO CITAR/ HOW TO CITE: Cristina FONSECA RAMÍREZ, “Pureza taumaturga. Coronación pontificia de la Inmaculada Virgen de la Salud de Pátzcuaro”, *Rubrica Contemporanea*, vol. XIII, n. 26 (2024), pp. 79-103.

*. Este trabajo se ha realizado gracias a la financiación del Ministerio de Universidades de España. Cristina del Carmen Fonseca Ramírez was supported by The Margarita Salas postdoctoral contract MGS/2022/09 financed by the European Union-NextGenerationEU.



Artículo recibido el 12-1-2024 y admitido a publicación el 14-2-1024.



Es sabido que la importancia de la monarquía absoluta francesa como emblema del catolicismo, así como su trascendencia, irradiaron en buena parte de Europa, incluso sus propuestas teológicas llegaron hasta la silla papal¹. Por ello, para el mundo católico, el que aconteciera una revolución liberal-burguesa en Francia en 1789 fue un auténtico sismo. En este sentido, los principios de la Revolución francesa cuestionaron las bases neurálgicas de la sociedad estamental, incluidas de forma directa la Iglesia. Sus decretos fueron directamente al corazón de ello². Por primera vez se desmontaba el entramado político, jurídico e ideológico en el mundo católico. El ideológico quedó cuestionado, pero no derrotado como sabemos. También, por vez primera, la Iglesia empezó a perder su patrimonio económico, rentístico, jurisdiccional y propietario, desde presupuestos y acciones de un Estado nación en construcción como el francés, es decir, su poder terrenal. De igual modo, todos estos decretos repercutieron en un descabalgamiento eclesiástico en el terreno espiritual, dado que sus prerrogativas empezaron a depender tanto retributivamente como reglamentariamente, del nuevo Estado nación francés. La Francia revolucionaria desmontó la ancestral monarquía católica que rivalizaba con el Vaticano. Fue todo un precedente que no olvidó la jerarquía eclesiástica.

Obviamente, la Iglesia francesa reaccionó: primero movilizandando miles de campesinos desde el púlpito contra la Revolución³; después, recabando la ayuda de Roma. En realidad, lo que aconteció tras la Revolución francesa fue el triunfo de los inicios de la sociedad civil, lo cual suponía una separación entre Iglesia y Estado, al menos para el caso francés. En este sentido, la reacción del papa Pío VI fue muy virulenta en contra de los principios revolucionarios franceses, y de tal magnitud que emprendió una dura cruzada contra ellos. Ello supuso un fuerte encontronazo entre los principios liberales y el encastillamiento en defensa de los principios monárquicos y feudales del papado⁴.

El enfrentamiento Iglesia-Vaticano vs liberalismo revolucionario no cesó en la Francia Bonapartista, pues Napoleón ocupó Roma en 1798, lo que provocó, finalmente, la deportación de Pío VI a Francia⁵. De esta forma, el papado se vio desplazado, tanto en su vertiente territorial como en la espiritual. Es comprensible, por ello, que gran parte de las guerras napoleónicas que siguieron fueran asumidas desde el papado en clave de

1. Alain TALLON y Catherine VINCENT, *Histoire du christianisme en France: des Gaules à l'époque contemporaine*, París, Armand Colin, 2014, <https://doi.org/10.3917/arco.vince.2014.01>.

2. Dale K. KLEY, *Los orígenes religiosos de la Revolución Francesa: De Calvino a la Constitución Civil (1560-1791)*, Madrid, Ediciones Encuentro, 2003. Véase también Jean VIGUERIE, *Cristianismo y Revolución. Historia y Biografías*, Pamplona, Rialp, 1991; Jacques DUMONT, "La Revolución Francesa contra la Iglesia Católica", *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, 12 (1989); Jean DUMONT, *La Revolution Française ou le prodige du sacrilège*, París, Fayard, 1988.

3. María Luisa Victoria DONNISAN, *La Revolución Francesa y las Guerras de la Vendée*, Madrid, Actas, 1996.

4. Rafael D. GARCÍA PÉREZ, "Iglesia y revolución: Pío VI ante la declaración de derechos del hombre y ciudadano de 1789", en Miguel CARBONELL y Óscar CRUZ BARNEY (coords.), *Historia y Constitución. La Iglesia en la historia de España*, Madrid, Marcial Pons, 2014.

5. Jacques Oliver BOUDON, *Napoléon et les cultes. Les religions en Europe à l'aube du XIXe siècle, 1800-1815*, París, Tulard, 2002; Bernard COUSIN, "El regalismo en Francia de Luis XIV a Bonaparte", en Emilio LA PARRA y Jesús PRADELLES NADAL, *Iglesia, Sociedad y Estado en España, Francia e Italia (ss. XVIII – XX)*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil Albert, 1991, pp. 225-237.

guerra santa. Ejemplo de ello fue la española⁶, si bien la posición de Napoleón respecto al papado discurrió hacia el pragmatismo hasta conseguir ser coronado como emperador⁷.

Con ello, Napoleón resucitó un antiguo valor intangible con el paso de los años: el immanente poder que tuvo siempre la Coronación⁸, y más establecida desde la silla papal. En un tiempo en que el cetro y la tiara fueron cuestionados, incluso por las clases populares, reunirlos no fue una empresa gratuita. Derribados ambos en la Revolución, Napoleón dotó de un gran valor restaurador del orden, esta vez desde parámetros conservadores, pero dentro del liberalismo, a la Corona, tanto la imperial como la papal.

No obstante, este equilibrio napoleónico estalló en 1808 cuando, por segunda vez, el papado se vio amenazado por Bonaparte y, finalmente, Pío VII fue confinado por el estadista francés. Con ello, Napoleón pretendió que Francia asumiera el poder espiritual de Roma, aunque esta pugna se cerraría con la derrota de Napoleón en 1815.

La restauración de las monarquías absolutas, tras los congresos de Viena y de Verona supuso la restitución del papa como cabeza de la Iglesia católica⁹. Es interesante señalar que, en veinticinco años, es decir, desde 1789 a 1815, el mundo católico, la jerarquía eclesiástica, e incluso el papa, se habían visto sacudidos por los principios liberales, tanto en Europa como en América, donde no sólo se cuestionaron el orden social y la jerarquía nobiliaria, sino que se empezó a derribarlos. Este sismo colosal también afectó al Papa, dado que lo descabalaron de su silla, hasta dos veces. De ahí vino, en gran parte, el rearme ideológico y teológico de los tres papas que siguieron a la



6. Ronald FRASER, *La maldita guerra de España: Historia social de la guerra de independencia, 1808-1814*, Barcelona, Crítica, 2007; Francisco MARTÍ GILABERT, *La Iglesia en España durante la Revolución Francesa*, Pamplona, Universidad de Navarra, 1971.

7. David A. BELL, *La primera guerra total. La Europa de Napoleón y el Nacimiento de la guerra moderna*, Madrid, Alianza, 2012; Léon BLOY, *El alma de Napoleón*, Madrid, Eneida, 2010; David G. CHANDLER, *Las campañas de Napoléon. Un emperador en el campo de batalla. De Tolón a Waterloo (1796-1815)*, Madrid, La Esfera de los libros, 2005; Philip DWYER, *Napoleón. El camino hacia el poder 1769-1799*, Madrid, La Esfera de los libros, 2008; Charles ESDAILE, *Las guerras de Napoleón. Una Historia internacional, 1803-1815*, Barcelona, Crítica 2009; Jean TULARD, *Le Mythe de Napoléon*, París, Arman Colín, 1971; Jean TULARD, *Napoléon: le pouvoir, la nation, la légende*, París, LGF, 1997; Jean TULARD, *Napoleón*, Barcelona, Crítica, 2012; Isidoro MARTÍN MARTÍNEZ, “El Concordato de 1801 entre Pío VII y Napoleón Bonaparte”, *Cuadernos de Pensamiento*, 6 (1991), pp. 101 -122.

8. Víctor MÍNGUEZ CORNELLES e Inmaculada RODRÍGUEZ MOYA, *Napoleón y el espejo de la Antigüedad. Arqueología de las imágenes del poder*, Valencia, Universitat de València, 2015; ídem e ídem, *El tiempo de los Habsburgo. La construcción artística de un linaje imperial en el Renacimiento*, Madrid, Marcial Pons, 2020.

9. Harold NICOLSON, *El Congreso de Viena, un estudio sobre la unidad de los aliados*, Madrid, Sarpe, 1985; Beatriz CAMPDERÁ GUTIÉRREZ, “La Corte de Roma bajo el pontificado de Pío VII”, en *Las Cortes Reales en la Europa de la Restauración*, número monográfico de *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, 41, (1999), pp. 65-75; Alessandro ROVERI, *La Santa Sede tra Rivoluzione francese e restaurazione: il cardinal Consalvi, 1814-1815*, Florencia, La Nova Italia, 1974; Rosario DE LA TORRE, *El Congreso de Viena: 1814-1815*, Madrid, La Catarata, 2015.

etapa napoleónica: Pío VII, León XII y Pío VIII¹⁰. Sin duda, estos precedentes van a explicar tanto el dogma de la Inmaculada Concepción en 1854 como el de la Infallibilidad del Papa en 1870. A esta contrarrevolución y antiliberalismo desde el púlpito, también se unió una literatura que desde posiciones beligerantes se lanzó a una recristianización¹¹. Su estrategia se pergeñó desde determinadas prácticas devocionales, las cuales se van a asentar en los años treinta y cuarenta del Ochocientos.

La consecuencia de todo ello fue una revalorización de la importancia papal en el mundo católico. Se produjo toda una readecuación de la política de Roma en un sentido supranacional, que en cierto modo recordaba a la antigua Cristiandad.

El otro cisma del mundo católico se produjo desde 1808 con el impacto de la crisis monárquica en América. La trascendencia de los decretos liberales de los años de las Cortes de Cádiz y el Trienio Liberal¹², la propia Constitución de 1812¹³ y las independencias hispanoamericanas supusieron la quiebra del Patronato Real y el surgimiento de las Iglesias nacionales. El papado tuvo que posicionarse en favor del rey absoluto español, en contra de los gobiernos liberales en la Península y de las independencias americanas, lo cual implicó posicionarse en contra de las Iglesias nacionales hispanoamericanas¹⁴. En suma, dos de los grandes centros del catolicismo romano se derrumbaron en menos de veinticinco años. Todo ello vino a acentuarse con el impacto que tuvieron las revoluciones liberales en el papado –sobre todo en el de

10. Sheridan GILLEY y Brian STANLEY (eds.), *The Cambridge History of Christianity, World Christianities, c. 1815 – c. 1914*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006; John W. O'MALLEY, *Historia de los papas. Desde Pedro hasta hoy*, Bilbao, Sal Terrae, 2011, pp. 269-272. Leslie TOKE, "Pope Gregory XVI", en *The Catholic Encyclopedia*, Nueva York, Robert Appleton Company, 1910; Gonzalo REDONDO, *La Iglesia en el mundo contemporáneo*, tomo II, Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra, 1979, p. 152, pp. 167-169, pp. 196-202.

11. Carolina ARMENTEROS, *The French Idea of History: Joseph de Maistre and his Heirs, 1794-1854*, Ithaca, Cornell University Press, 2011, <https://doi.org/10.7591/9780801462597>; Michel TODA, *Louis de Bonald, théoricien de la Contre-Révolution*, Étampes, Clovis, 1997,

12. Alberto GIL NOVALES, *El Trienio Liberal*, Madrid, Siglo XXI, 1980; Pedro RÚJULA y Manuel CHUST, *El Trienio Liberal. Revolución e independencia, 1820-1823*, Madrid, La Catarata, 2020; Manuel REVUELTA GONZÁLEZ, *Política religiosa de los liberales en el siglo XIX. El Trienio Constitucional*, Madrid, CSIC, 1973; Carlos María RODRÍGUEZ LÓPEZ-BREA, "La Santa Sede y los movimientos revolucionarios de 1820. Los casos napolitano y español", *Ayer*, 45, (2002), pp. 251-273.

13. Francisco MARTÍ GILABERT, *Iglesia y estado en el reinado de Fernando VII*, Pamplona, Eunsa, 1994; José Antonio ESCUDERO (dir.), *La Iglesia en la historia de España*, Madrid, Marcial Pons, 2014; Emilio LA PARRA LÓPEZ, *El primer liberalismo español y la Iglesia. Las Cortes de Cádiz*, Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil Albert, 1985; Manuel REVUELTA GONZÁLEZ, *La Iglesia española en el siglo XIX: Desafíos y respuestas*, Madrid, Universidad Pontificia de Comillas, 2005.

14. Rodolfo AGUIRRE y Lucrecia ENRÍQUEZ (coords.), *La iglesia hispanoamericana. De la colonia a la república*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Pontificia Universidad Católica de Chile, 2008; Lucrecia ENRÍQUEZ, "¿Reserva pontificia o atributo soberano? La concepción del patronato en disputa. Chile y la Santa Sede (1810-1841)", *Historia Crítica*, 52, (2014), pp. 21-45; Roberto DI STEFANO, *El púlpito y la plaza. Clero, sociedad y política de la monarquía católica a la República rosista*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004; John LYNCH, *New Worlds. A religious history of Latin America*, New Haven, Yale University Press, 2012. Es muy interesante la interpretación de este periodo en clave religiosa y eclesial por uno de los especialistas más emblemáticos de la historia de las independencias hispanoamericanas.

Gregorio XVI¹⁵– en la década de los años 1830 y el surgimiento de las propuestas del liberalismo católico encarnados por Jean Marie Lamennais¹⁶.

Esta estrategia papal –incluido su enfrentamiento con el protestantismo– se centró en lanzar nuevas formas de devoción mariana que fueron más allá del poder de culto de la imagen y se enfocaron en demostrar la religiosidad fuera de las iglesias, en claro combate con el liberalismo popular¹⁷. Se prodigaron y se promocionaron, en especial, las peregrinaciones, pero también la devoción al culto de María, las procesiones y otras formas de demostración pública de la fe, así como las visitas devocionales a las reliquias y las indulgencias de los jubileos. Todo ello constituyó el prolegómeno de una gran parafernalia que, como veremos, envolvió las coronaciones de las Vírgenes. La iglesia insistió en atraer y movilizar a las clases populares, lo que ella aludía como *pueblo*, haciéndose más *popular*, más tangible, más activa... al igual que lo estaba haciendo el liberalismo de raíz popular. Al mismo tiempo, en esta aparente devocionalidad se desató una lucha política en el seno de las iglesias, como veremos a continuación para el caso mexicano.

Todo este contraataque eclesiástico impactó en la cada vez más asentada y creciente opinión pública, tanto en Europa como en América, a mediados del siglo XIX¹⁸. Además, también fue aprovechado desde el punto de vista papal para trasladar un corpus doctrinal y, especialmente, jerárquico y teológico de la visión de la religión por parte del pontífice. El Vaticano trató de reconquistar terreno en varios campos y planos, tanto internos como externos, y esta ofensiva cristalizó con el concepto conocido como *romanización* desde los años cuarenta y cincuenta del Ochocientos¹⁹. El papado se lanzó a contrarrestar el poder popular del liberalismo, pero también a reconducir a toda una epifanía de las iglesias nacionales en América, cuya independencia de la Corona española había supuesto, como explicamos, también una independencia de Roma, dado el frente común que el papado y el rey español habían hecho contra la insurgencia americana. En lo que la creación de los Estados nacionales hispanoamericanos se refiere, ello supuso un verdadero mosaico de Iglesias locales cada



15. Álvaro LÓPEZ, *Gregorio XVI y la reorganización de la Iglesia hispanoamericana. El paso del régimen de patronato a la misión como responsabilidad*, Roma, Editrice Pontificia Università Gregoriana, 2004.

16. William GIBSON, *The Abbé de Lamennais and the Liberal Catholic Movement in France*, Montana, Kessinger Publishing, Whitefish, 2007.

17. Marina WARNER, *Tú sola entre todas las mujeres*, Madrid, Taurus Humanidades, 1991; Linda B. HALL, *Mary, Mother and Warrior*, Austin, University of Texas Press, 2004; Roberto DI STEFANO y Francisco Javier RAMÓN SOLANS (eds.), *Marian Devotions, political mobilization, and nationalism in Europe and America*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2016; Gabriela DÍAZ PATIÑO, *Católicos, liberales y protestantes. El debate por las imágenes religiosas en la formación de una cultura nacional (1848-1908)*, México, El Colegio de México, 2016; Francisco Javier RAMÓN SOLANS, *La Virgen del Pilar dice... Usos políticos y nacionales de un culto mariano en la España contemporánea*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2014; César RINA SIMÓN, *El mito de la tierra de María Santísima. Religiosidad popular, espectáculo e identidad*, Sevilla, Junta de Andalucía, 2020.

18. Agustín FLICHE y Vicente MARTÍN, *Historia de la Iglesia. La Revolución (1789-1846)*, tomo XX, Valencia, Edicep, 1975.

19. Cecilia BAUTISTA GARCÍA, “Hacia la romanización de la Iglesia mexicana a fines del Siglo XIX”, *Historia Mexicana*, 55, (2005).

vez más desconectadas e, incluso, enfrentadas a las directrices de Roma²⁰. En este sentido fueron encaminadas las acciones del papa Pío IX²¹ desde 1846. Su actuación central fue resaltar la devoción y advocación de la figura de María²².

Comenzó entonces todo un proceso desde el papado, consciente y premeditado, para rescatar y publicitar la serie de mariofanías²³, que desde los años 1830 se habían ido produciendo, especialmente en Francia, y que ahora eran recopiladas y promocionadas en una acción directa para ensalzar la figura de María²⁴. Es conocido que esta estrategia se incardinó en respuesta a las Iglesias protestantes y a la Iglesia ortodoxa oriental, pero, sobre todo, a combatir la creciente pérdida de fieles católicos en el mundo occidental, tanto en el europeo como americano.

En esta perspectiva de largo alcance, se contextualiza la importancia y trascendencia de la promulgación de la bula papal *Ineffabilis Deus*²⁵ en 1854. Con ella, se consumaba la estrategia mariana desde el papado. Fue un gran triunfo de Pío IX elevar a dogma el misterio de la concepción inmaculada de María. Todo ello se enmarcó como el primer paso fundamental para extender la autoridad papal más allá de Roma, pero también, y como aspecto central, para explicar la importancia de María, del inmaculismo como instrumento esencial para recuperar y reforzar la autoridad papal en América de manera general, y en México²⁶ de manera particular, como vamos a ver.

Este aspecto va a ser importante, pues el papado se encastilló en un posicionamiento muy conservador, el *ultramontanismo*²⁷. Uno de los aspectos que se van a llevar a cabo en él fue el refuerzo de la advocación de María, su culto milagroso y todo el halo sobrenatural que lo va a envolver²⁸. Para el caso de México, hubo una relación directa entre las directrices teológicas del Vaticano y el impulso desde la jerarquía eclesiástica vinculada con Roma de las advocaciones de las principales vírgenes veneradas en este territorio, la gran mayoría de ellas con un pasado que se

20. AGUIRRE y ENRÍQUEZ, *La iglesia hispanoamericana*; P. LA TURIA, *Encíclica de Pío VI (30 de enero de 1816): Sobre la Revolución Hispanoamericana*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1948; Christian HERMANN, *L'Église d'Espagne sous le patronage royal (1476-1834): Essai d'ecclésiologie politique*, Madrid, Casa de Velázquez, 1988.

21. Antonio QUERALT TEIXIDÓ, *Pío IX, el papa de la Inmaculada y del Sagrado Corazón*, Barcelona, Apostolado de la Oración, 2001; Francisco SOSA WAGNER, *Pío IX. El último soberano*, Zaragoza, Yalde, 2000.

22. Di STEFANO y RAMÓN, *Marian Devotions, Political Mobilization*; HALL, *Mother and Warrior: The Virgin in Spain*.

23. Philippe BOUTRY y Michel CINQUIN, *Deux pèlerinages au XIXe Siècle. Ars et Paray-le-Monial*, París, Beauchesne, 1980; RINA, *El mito de la tierra de María Santísima*, p. 73.

24. Pablo GONZÁLEZ TORNEL (ed.), *Intacta María. Política y Religiosidad en la España Barroca*, Valencia, Museo de Bellas Artes de Valencia, 2017.

25. José Javier RUIZ IBÁÑEZ y Gaetano SABATINI (eds.), *La Inmaculada Concepción y La Monarquía Hispánica*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2019.

26. DÍAZ PATIÑO, *Católicos, liberales y protestantes*. Para el caso español, el magnífico libro de RAMÓN, *La Virgen del Pilar dice...*

27. Francisco Javier RAMÓN SOLANS, *Más allá de los Andes. Los orígenes ultramontanos de una iglesia latinoamericana (1851-1910)*, Bilbao, Publicaciones de la Universidad del País Vasco, 2020.

28. Paul D'HOLLANDER (ed.), *L'Église dans le Rue. Les ceremonies exterieures du culte en France au XIXe Siècle. Actes du Colloque des 23-24 Mars 2000 à Limoges*, Limoges, Université de Limoges, 2000.

remontaba a los primeros años de colonia, como la Virgen de Guadalupe, la Virgen de la Salud de Pátzcuaro, la Virgen de Ocotlán, la Virgen de San Juan de los Lagos, Nuestra Señora de Guanajuato, la Virgen de la Esperanza de Jacona y Nuestra Señora de la Soledad de Oaxaca, por mencionar algunas²⁹.

La promulgación del dogma de la Inmaculada fue el primer paso en la estrategia de rearme político y reconquista espiritual-temporal ideada por Pío IX, y el segundo aspecto estratégico fue la promulgación en 1870 de la Constitución dogmática *Pastor Aeternus*, en cuyas páginas está contenido el principio de la infalibilidad papal. Todo ello, pero especialmente estos dos puntos, fue clave para explicar y comprender la importancia que tuvo, tanto la ofensiva de romanización en la Iglesia mexicana desde mitad del siglo XIX, como la coronación pontificia de las Vírgenes, que se convirtió en una máxima prioritaria para una parte determinada de la jerarquía eclesiástica apegada a la línea papal y en guerra abierta con la que representaba el clero formado en suelo mexicano.

Todos estos planteamientos desde *Roma* repercutieron en la evolución de la Iglesia en México. Desde la independencia, en 1821, se transitó del Patronato Real a la creación de la Iglesia nacional³⁰. Esta nueva Iglesia mexicana, a mediados del siglo XIX, aunque dividida en facciones, se alineó en gran parte con las directrices papales, siendo Pelagio Antonio Labastida y Dávalos³¹ el principal promotor del proceso de

29. Francisco DE FLORENCIA, *Zodiaco Mariano en que el sol de justicia Christo con la salud en las alas visita como signos, y casas propias para beneficio de los hombres los templos, y lugares dedicados a los cultos de su SS. Madre por medio de las más célebres y milagrosas imágenes*, México, Imprenta Real y más Antiguo Colegio de San Ildefonso, 1755; Félix Alejandro CEPEDA, *América mariana: o sea, historia compendiada de las imágenes de la santísima Virgen más veneradas en el nuevo mundo*, México, Imprenta de José Sáenz Moneo, 1905; Antonio RUBIAL GARCÍA, “Introducción al Zodiaco Mariano”, en DE FLORENCIA, *Zodiaco Mariano*, pp. 13–31; Félix BÁEZ-JORGE, *La parentela de María. Cultos marianos, sincretismo e identidades nacionales en Latinoamérica*, Xalapa, Veracruz, Universidad Veracruzana, 1999; Antonio RUBIAL GARCÍA, *El cristianismo en Nueva España. Catequesis, fiesta, milagros y represión*, México, Fondo de Cultura Económica, 2020; Gisela VON WOBESER, *Orígenes del culto a nuestra señora de Guadalupe*, México, Universidad Autónoma de México, Fondo de Cultura Económica, 2020.

30. Brian CONNAUGHTON, *Entre la voz de Dios y el llamado de la patria*, México, Fondo de Cultura Económica, 2010; Marta Eugenia GARCÍA UGARTE, *Poder político y religioso. Siglo XIX*, vol. I, México, Miguel Ángel Porrúa, 2010, p. 55; Sigrid María LOUVIER NAVA, “El concepto de la separación Iglesia-Estado en México y la Nueva Granada a mediados del Siglo XIX”, *Itinerantes*, 5 (2015), pp. 135-160.

31. Pelagio Antonio Labastida y Dávalos nació en 1816 en Zamora, Michoacán. Estudió en el Seminario de Morelia y obtuvo en 1839, a los 23 años, el título de abogado. Se desempeñó como promotor fiscal y juez de testamentos de la Iglesia Catedral de Morelia, de la cual llegó a ser prebendado y canónigo en el año de 1847. Durante 5 años, entre 1850 y 1855, fue profesor y rector del Seminario de Morelia, puesto que dejó al ser llamado a ocupar la silla episcopal de Puebla. Por cuestiones políticas, fue desterrado de México en 1856, viajó a Roma y permaneció en el exilio siete años. En 1863 fue nombrado arzobispo de México y regresó además como parte de la Regencia previa a la instalación del Segundo Imperio. Con el triunfo de la República liberal, fue nuevamente desterrado y no pudo regresar a territorio mexicano hasta el año de 1871. Pelagio Antonio Labastida y Dávalos es considerado una de las figuras más importantes de la Iglesia y de la política mexicana en el siglo XIX. Murió en 1891 en su hacienda de Oacalco, municipio de Yauteppec, Morelos, a la edad de 74 años (Cecilia BAUTISTA GARCÍA, “La búsqueda de un concordato entre México y la Santa Sede a finales del siglo XIX”, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, 44 (2012), p. 100).



romanización en México³². Es interesante plantear que, al igual que lo sucedido en Europa, desde el primer tercio del siglo XIX la Iglesia mexicana encajó mal los embates liberales, pues en el contexto de las Leyes de Reforma, y todos sus planteamientos laicos y anticlericales, la jerarquía eclesiástica perdería una parte importante de sus rentas económicas, así como de su influencia espiritual³³.

Por todo ello se explica la deriva de partes importantes de la Iglesia mexicana hacia un proceso de romanización que se concretó en una serie de acciones, como la creación del Colegio Pío Latinoamericano en Roma, el envío de un visitador apostólico con la finalidad de consolidar el grupo romano en México y dirimir conflictos de poder eclesiásticos y la celebración del Primer Concilio Plenario de Latinoamérica.

Una multitud de vírgenes fueron transformadas en inmaculadas para luego trazar toda una estrategia de advocaciones en torno a la obtención por Roma, y lo que ello suponía, de coronarlas en el rito romano, por supuesto, como reforzamiento de la línea de la jerarquía eclesiástica romana dentro de la Iglesia mexicana. Todo ello, y este es el caso concreto de nuestro estudio, se produjo en plena pugna de poder político y económico de los dos grupos de la jerarquía eclesiástica mexicana: el romano y el local. La estrategia de estas jerarquías eclesiásticas pareciera clara: un aumento de las advocaciones, de las devociones podía ser fiel reflejo de un aumento de los fieles y, por tanto, de poder político y económico, tanto a niveles internos eclesiásticos como de la sociedad y el Estado mexicanos. Sin embargo, hubo un notable cambio en este sentido, como vamos a explicar en las páginas siguientes. La línea del clero nacional adoptó la misma estrategia que los *romanos* en la coronación pontificia de la Virgen de la Salud de Pátzcuaro. Esto es importante, porque este modelo va a ser el contrapunto de la estrategia romana, dado que los promotores no serían representantes del clero romano, sino claros ejemplos de la jerarquía del clero local.

Todo empezaría a cambiar hacia finales de la década de los 1880. Es interesante ver cómo también los líderes de la jerarquía del clero local, desde una formación contrapuesta a las características de la romanización, llevaron a cabo una estrategia similar a la del clero romanizado para revivir y alentar la advocación del culto a una Virgen que tenía parecidas características a las que el clero romano había impulsado. Así, la obtención de una coronación pontificia de una Virgen local fue utilizada y promovida por la figura y el significado de José Ignacio Árciga y Ruiz de Chávez, quien para ello utilizó como contrapunto del Colegio Pío Latinoamericano, el Seminario Tridentino de Morelia en donde se instruía el clero local. Obviamente, como veremos, Árciga no estuvo sólo en esta empresa, pues se rodeó de eminentes figuras del clero local, como José María Cázares y Martínez, los hermanos Ramón y Rafael Camacho y García, José de Jesús Ortiz de Ayala y Rodríguez y Rómulo Betancourt y Torres.

32. Cecilia BAUTISTA GARCÍA, *Clérigos virtuosos e instruidos. Un proyecto de romanización clerical en un arzobispado mexicano. Michoacán, 1867-1887*, Morelia, Michoacán, México, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2017; GARCÍA UGARTE, *Poder político y religioso*.

33. *Leyes de Reforma. Gobiernos de Ignacio Comonfort y Benito Juárez*, 2a. ed., México, Empresas Editoriales, 1955; Raúl GONZÁLEZ LEZAMA, *Reforma Liberal. Cronología (1854-1876)*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2012; *Derechos del pueblo mexicano: México a través de sus constituciones*, Volumen II, 9ª ed., México, Miguel Ángel Porrúa, 2016.

No todo fue Roma. Origen y propuesta de la coronación: José Ignacio Árciga y Ruiz de Chávez

Habían pasado algunos años desde la primera coronación pontificia en América Latina. La celebración en Jacona, estado de Michoacán, fue un rotundo éxito. De este proyecto surgió, como era el plan original del poderoso dúo Labastida-Plancarte, la Coronación de la Virgen de Guadalupe. Se había iniciado así una etapa de sucesivas coronaciones de vírgenes mexicanas que continuaría al menos hasta el primer decenio del siglo XX³⁴.

A su vez, cada uno de los proyectos de coronación de su *Virgen local*, fue el escenario político religioso que posicionaba a cada grupo o facción del clero mexicano en el foco de atención. Por eso, después de la coronación de la Virgen de la Esperanza, los más importantes representantes del clero mexicano, tanto romano como local, pugnaron por conseguir una corona para su reina.

La *Crónica de la Solemne Coronación de la Imagen de Nuestra Señora de la Salud Pátzcuaro*³⁵ consigna que alrededor de año de 1890, la idea de coronar a la Virgen de la Salud ya era un tema conocido entre el clero michoacano y los fieles allegados a esta devoción. Esta facción importante del clero local, encabezada por el arzobispo José Ignacio Árciga y Ruiz de Chávez, estaba deseosa de colocar en la escena principal a tan importante devoción michoacana. Recordemos que esta Virgen había sido donada por, ni más ni menos, el primer obispo de Michoacán, el célebre Vasco de Quiroga, en el siglo XVI. Sin embargo, algo muy importante frenaba las iniciativas, y así lo expresó el propio arzobispo de Michoacán: “no deberse promover nada, hasta que fuese coronada la Santísima Virgen de Guadalupe”³⁶.

En esta estrategia estaba claro que la coronación de la Virgen de Guadalupe no podía ser opacada por ningún otro evento, y a pesar de que esta fue promovida y encabezada por el arzobispo Labastida y el padre Plancarte, también fueron invitados los arzobispos de Guadalajara y Michoacán a participar en el proyecto, sobre todo en lo económico, ya que las pretenciosas remodelaciones proyectadas para el Santuario de la



34. Entre 1886 y 1909 se coronaron 10 vírgenes, concentradas en 6 entidades de la República mexicana: Michoacán, Ciudad de México, Guanajuato, Jalisco, Tlaxcala y Oaxaca. Se inician con Nuestra Señora de la Esperanza en Jacona, Michoacán, en 1886, que fue la primera Virgen coronada en toda Latinoamérica. Después se coronó a la Virgen de Guadalupe, en 1895; a Nuestra Señora de la Salud de Pátzcuaro en 1899; a la Virgen de la Luz en Guanajuato en 1902; a Nuestra Señora de San Juan de los Lagos en Jalisco en 1904; a María Auxiliadora en Santa Julia Ciudad de México en 1906; a Nuestra Señora de Tlaxcala en 1907; a Nuestra Señora de Guanajuato en 1908, y a dos vírgenes, la Purísima Concepción de Celaya y Nuestra Señora de la Soledad de Oaxaca, en 1909.

35. *Crónica de la solemne coronación de la imagen*, pp. 14, 47, 48.

36. *Ibidem*, p. 48. Para conocer más sobre la coronación pontificia de la Virgen de Guadalupe, véase Jaime CUADRIELLO, “La corona de la Iglesia para la reina de la nación. Imágenes de la coronación guadalupana de 1895”, en Esther ACEVEDO *et al.* (eds.), *Los Pinceles de la Historia. La Fabricación del Estado. 1864-1910*, México, Patronato del Museo Nacional del Arte, Banco Nacional de México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas y Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2003, pp. 150–85; *ídem*, “La reina sin corona”, en Peter KRIEGER (ed.), *XXVIII Coloquio Internacional de Historia del Arte. La imagen sagrada y sacralizada*, tomo II, México, Universidad Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 2011, pp. 651-680; David BRADING, *Mexican Phoenix. Our Lady of Guadalupe: Image and tradition across five centuries*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001.

Morenita, y deseadas por el arzobispo Labastida, exigieron grandes cantidades de dinero.

Labastida entendió que para que la coronación de la “insigne patrona de la nación”³⁷ tuviera una gran aceptación y se convirtiera en un evento de suma de voluntades, tenía que contar con la representación de la gran mayoría del clero mexicano. No podía volver a ser un evento eclipsado por él y sus allegados, tal y como lo había sido la coronación de la Virgen de la Esperanza³⁸. Por tal motivo, el ocurso a Roma tenía que ir a nombre del episcopado mexicano y como firmantes debían aparecer los tres arzobispos representantes, hasta ese momento, de todo el territorio nacional: Pelagio Labastida y Dávalos, arzobispo de México; Pedro Loza y Pardavé, arzobispo de Guadalajara, y José Ignacio Árciga y Ruiz de Chávez, arzobispo de Michoacán. El 24 de septiembre de 1887, las preces firmadas por los tres arzobispos salieron camino a la Ciudad Eterna. El papa León XIII contestó con el breve fechado el 8 de febrero de 1887. Sin embargo, por diversas razones y conflictos, la coronación de la Virgen Morena se llevaría a cabo el 12 de octubre de 1895. Ya para esta fecha, el arzobispo Pelagio Labastida había fallecido y ocupaba la silla arzobispal de México monseñor Próspero María Alarcón y Sánchez de la Barquera³⁹.

De esta manera, el arzobispo de Michoacán se vio involucrado en el proyecto eclesiástico nacional de la Virgen del Tepeyac, e incluso fue invitado en representación del episcopado mexicano a coronar a la propia Virgen junto con el arzobispo de México. Ello no fue del agrado del padre José Antonio Plancarte, en esos días abad de la Colegiata de Guadalupe, ya que le robaba escenario, pues él había sido uno de los más importantes promotores de esta solemne coronación.

88

Desde su llegada a la silla pontifical, León XIII veía con preocupación la división que existía dentro del episcopado mexicano. Era propósito del Papa que estas rencillas y franca enemistad entre ambos bandos terminaran. Eran quizá ya otros tiempos, a diferencia de los años de la Reforma juarista. La romanización había producido discrepancias y oposiciones dentro del clero mexicano. Ahora, logrado su triunfo, tocaba pacificar la Iglesia mexicana. De ahí que, para la coronación de la Virgen de Guadalupe, y las subsecuentes coronaciones autorizadas, León XIII *sugiriera* la representación y unión de todo el episcopado mexicano. Así lo expresó en un texto previo a la coronación de la Guadalupana:

no hace muchos años, Nos también mandamos que a nombre y autoridad Nuestra se coronase con diadema de oro la Imagen de vuestra augusta Reina. Con esto, Venerables hermanos, Nos es grato manifestarlo, quisimos dar especial testimonio de la gran

37. FRANCISCO PLANCARTE y NAVARRETE, *Antonio Plancarte y Labastida*, 3ª edición (1ª de 1914), México, Librería Editrice Vaticana, 2012, p. 300.

38. Para conocer sobre la coronación de la Virgen de la Esperanza de Jacona, véase CECILIA BAUTISTA GARCÍA, “Dos momentos en la historia de un culto: el origen y la coronación pontificia de la Virgen de Jacona (Siglos XII-XX)”, *Tzintzún. Revista de Estudios Históricos*, 43 (2006), pp. 11–32; ídem, “La coronación pontificia de las imágenes marianas en México y la afirmación de la soberanía social de la iglesia católica durante el Porfiriato”, en YOVANA CELAYA NÁNDEZ (coord.), *Diálogos con una trayectoria intelectual: Marcello Carmagnani en El Colegio de México*, México, El Colegio de México, 2014, pp. 347–83; AURELIANO TAPIA MÉNDEZ, *Nuestra Señora de la Esperanza*, Monterrey, Talleres Gráficos de Cultura S.A. de C.V., 1997.

39. BRADING, *Mexican Phoenix*, pp. 288- 310; CUADRIELLO, “La corona de la Iglesia para la reina de la nación”, pp. 150–185; CUADRIELLO, “La reina sin corona”, pp. 651– 680.

satisfacción que nos causa la íntima concordia, que del mismo modo que en vuestra jerarquía, felizmente reina entre el clero todo y el pueblo: con lo cual se estrechan y robustecen más y más los vínculos que os unen con esta Silla Apostólica. Por lo que siendo así que Vosotros mismos reconocéis como Autora y Conservadora de esa gran concordia de los ánimos a la piadosísima Madre de Dios, que se venera bajo el título de Guadalupe⁴⁰.

No obstante, el contrapunteo entre facciones del clero mexicano continuó. Sin embargo, existieron ciertos remansos de concordia. Ello lo sugiere en su breve de León XIII. Uno de ellos fue la coronación de la Guadalupana, por ser esta advocación un símbolo de la Iglesia católica nacional mexicana. Sin embargo, fuera de esta celebración, nuevamente cada proyecto de coronación de *su Virgen local* fue comandado y organizado por simpatizantes de cada grupo, romanos vs locales. Tal fue el caso de la coronación de la Virgen de la Salud, la cual fue promovida y realizada por los más importantes representantes del clero local a finales del siglo XIX. Fue el ejemplo antagónico de lo sucedido con la coronación de la Virgen de la Esperanza.

Árciga, bandera de la coronación del clero local

El principal promotor de la coronación de la Virgen de la Salud fue el segundo arzobispo de Michoacán, José Ignacio Arciga y Ruiz de Chávez. Arciga nació en Pátzcuaro, Michoacán, el 19 de mayo de 1830. Cursó su educación básica en esta ciudad y en 1846 se trasladó a Morelia, donde ingresó en el Seminario Tridentino, y se distinguió como excelente estudiante. En 1852 recibió las órdenes menores y el subdiaconado, un año después el diaconado y en 1854, de manos de Clemente de Jesús Munguía, primer arzobispo de Michoacán, el presbiterado⁴¹.

José Ignacio Arciga⁴² fungió como catedrático en el Seminario de Morelia e impartió diferentes materias hasta que, en 1859, el liberal Epitacio Huerta, gobernador de Michoacán, clausuró esta institución educativa, la cual se encontraba ubicada en el actual Palacio de Gobierno, frente a Catedral. El profesorado del Seminario⁴³, junto con algunos estudiantes, se exilió en las poblaciones de Celaya y Guanajuato, donde continuaron con la formación de clérigos en el Seminario Mayor de esa localidad. A los 32 años, Arciga fue nombrado párroco de la ciudad de Guanajuato, donde tuvo una gran



40. Citado en Fortino Hipólito VERA, *Segunda carta pastoral*, Cuernavaca, 1894 (tomado de DÍAZ PATIÑO, *Católicos, liberales y protestantes*, p. 294).

41. ARCHIVO HISTÓRICO CASA DE MORELOS (AHCM), Fondo Diocesano, Sección Gobierno, Siglo XIX, Serie Sacerdotes, Subserie Licencias, Caja 470, Expediente 504, 1897, “Libro de Canon del Clero Secular de la Arquidiócesis de Michoacán”, Foja 1v. ARCHIVO CAPITULAR DE LA CATEDRAL DE MORELIA (ACCM), “Apuntes Biográficos”, en *Boletín eclesiástico de la Provincia de Michoacán*, Morelia, 1897, Tomo I, núm. 7, p. 142; *Memorandum de las bodas de plata del Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. D. José Ignacio Arciga dignísimo arzobispo de Michoacán*, Imprenta y Librería de San Ignacio, Morelia, Michoacán, México, 1892, pp. 5-6.

42. Carlos HERREJÓN PEREDO, “Don José Ignacio Arciga y Ruiz de Chávez”, en Ramón LÓPEZ LARA *et al.* (eds.), *Don Vasco de Quiroga y Arzobispado de Morelia*, México, 1965, p. 211.

43. Juan B. BUITRÓN, *Apuntes para servir a la historia del arzobispado de Morelia*, Morelia, Imprenta Aldina, 1948, pp. 235-237.

aceptación por parte de los feligreses. En 1866 fue llamado a ocupar la canonjía magistral de Morelia y la rectoría del nuevamente abierto Seminario de Morelia⁴⁴.

Durante los distintos periodos de ausencia del arzobispo de Michoacán, Clemente de Jesús Munguía, debido a su exilio político en Roma por desavenencias con los gobiernos liberales en el periodo de la Reforma juarista, la archidiócesis michoacana funcionó gracias al Cabildo y a la administración del gobernador eclesiástico. Sin embargo, en 1866 hubo necesidad de nombrar a un obispo auxiliar. Fue así como el 3 de abril de 1866 se preconizó al canónigo José Ignacio Árciga y Ruiz de Chávez como auxiliar de la archidiócesis y obispo titular *in partibus de Legione*. El nombramiento de José Ignacio Árciga no se pudo hacer efectivo de inmediato, ya que el Gobierno imperial de Maximiliano había detenido el pase de las bulas papales. Su nombramiento efectivo se realizaría el 8 de septiembre de 1867, cuando se llevó a cabo su consagración como obispo en la Catedral de Morelia a manos del obispo de Zamora, José Antonio de la Peña⁴⁵.

El 14 de diciembre de 1868 murió en el exilio en Roma el arzobispo Clemente de Jesús Munguía. No tardó mucho en ser reemplazado. Siete días después, fue preconizado José Ignacio Árciga como segundo arzobispo de Michoacán, vigésimo octavo sucesor de Vasco de Quiroga. En Purépero, Michoacán, recibió el palio arzobispal el 8 de abril de 1869, en una ceremonia presidida nuevamente por el arzobispo de Zamora, José Antonio de la Peña⁴⁶.

Durante su prelación, Árciga recorrió varias veces toda la archidiócesis con un espíritu misionero, pero también con la férrea intención de reorganizar y sanear las estructuras parroquiales, tanto en lo moral como en lo material. De esta forma, creó cinco parroquias, que se añadieron a las cuarenta y nueve ya existentes en la archidiócesis, cubrió las numerosas vacantes que existían y apoyó el regreso de franciscanos y agustinos a los curatos que atendían. Además, impulsó la reconstrucción y remodelación de un gran número de parroquias e iglesias, entre ellas la propia Catedral de Morelia, el Santuario de la Virgen de la Salud de Pátzcuaro y la Parroquia de la misma ciudad⁴⁷.

José Ignacio Árciga y Ruiz de Chávez planteó toda una reforma de la Iglesia michoacana, que contemplaba desde su estructura material hasta una reforma clerical

44. ACCM, “Apuntes Biográficos”, pp. 142, 143; *Memorandum de las bodas de plata del Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. D. José Ignacio Árciga*, p. 6; HERREJÓN, “Don José Ignacio Árciga y Ruiz de Chávez”, pp. 211, 212; BUITRÓN, *Apuntes para servir a la historia*, pp. 235-237.

45. AHCM, Fondo Diocesano, Sección Gobierno, Siglo XIX, Serie Sacerdotes, Subserie Licencias, Caja 470, Expediente 504, 1897, “Libro de Canon del Clero Secular de la Arquidiócesis de Michoacán”, Foja 2; ACCM, “Apuntes Biográficos”, p. 144; *Memorandum de las Bodas de Plata del Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. D. José Ignacio Árciga*, p. 7; BAUTISTA, *Clérigos Virtuosos*, p. 71; HERREJÓN, “Don José Ignacio Árciga y Ruiz de Chávez”, p. 212; BUITRÓN *Apuntes para servir a la Historia*, p. 238.

46. AHCM, Fondo Diocesano, Sección Gobierno, Siglo XIX, Serie Sacerdotes, Subserie Licencias, Caja 470, Expediente 504, 1897, “Libro de Canon del Clero Secular de la Arquidiócesis de Michoacán”, Foja 2; ACCM, “Apuntes Biográficos”, p. 44; *Memorandum de las bodas de plata del Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. D. José Ignacio Árciga*, p. 7; HERREJÓN, “Don José Ignacio Árciga”, p. 212; BAUTISTA, *Clérigos virtuosos*, p. 71; BUITRÓN, *Apuntes para servir a la historia*, pp. 238-239.

47. HERREJÓN, “Don José Ignacio Árciga y Ruiz de Chávez”, pp. 214- 216; Eugenio CALDERÓN OROZCO, *Joyas de Pátzcuaro. La Virgen de la Salud y el Cristo de la Tercera Orden*, Pátzcuaro, Impresiones Garcés, 2018, pp. 40- 45; BUITRÓN, *Apuntes para servir a la historia*, pp. 241 -243.

que se ajustara a la situación por la que atravesaba el arzobispado, con la falta de sacerdotes capacitados como uno de sus grandes problemas. Para el arzobispo, este grave problema se tenía que combatir en dos frentes: actualizar y mejorar la formación del clero que se encontraba en funciones ministeriales a lo largo del arzobispado y, sobre todo, atacar el problema de raíz, renovando y mejorando la educación impartida en el Seminario de Morelia.

Sin embargo, Árciga, a diferencia de Labastida y del propio Munguía, su mentor y su predecesor, no comulgaba con la educación impartida en el Colegio Pío Latino. Por eso no participó de la idea de enviar alumnos a esta institución en Roma, a pesar de que Clemente de Jesús Munguía había dejado como legado recursos para financiar la formación y estancia en Roma de al menos dos alumnos⁴⁸.

De esta manera, a José Ignacio Árciga y Ruiz de Chávez se le ha considerado por la historiografía especializada en historia de la Iglesia mexicana de la segunda mitad del siglo XIX, como un representante del “tradicionalismo” debido al rechazo y falta de “apertura” a las nuevas corrientes e ideas de renovación clerical impulsadas desde la silla papal⁴⁹.

La importancia de la formación local: El Seminario Tridentino en Morelia

Árciga, como buen representante del clero local, siempre se mantuvo firme en la idea de que la clave para la reforma del clero mexicano estaba en restaurar y recuperar la buena enseñanza en los múltiples seminarios mexicanos e instituciones de enseñanza religiosa. Para él, la reforma clerical debía darse desde dentro del propio clero mexicano, y no buscando estas respuestas en instituciones extranjeras. Lo imprescindible era replantear los planes de estudio y fortalecer las cátedras. Así pues, el segundo arzobispo de Michoacán puso un gran interés en la reconstrucción del Seminario Tridentino de Morelia, tanto en lo académico como en lo material.

En 1866, cuando la institución exiliada en Celaya regresó a Morelia, se estableció en el edificio que actualmente ocupa la Escuela de Bellas Artes de la Universidad Michoacana. Sin embargo, tan pronto llegó Árciga a la silla obispal, dedicó gran esfuerzo para la construcción de un edificio digno para el seminario de Morelia. Aprovechando el abandonado colegio de las Hermanas de la Caridad, por la expulsión de la orden de territorio mexicano en 1874 como resultado de la incorporación de las leyes de Reforma a la Constitución de 1857, el arzobispo mandó diseñar y construir el bello edificio que se encuentra a un costado del Templo de San José, que en la actualidad alberga la Escuela Preparatoria Pascual Ortiz Rubio de la Universidad Michoacana⁵⁰.

Desde la época novohispana hasta finales del siglo XIX, ya en el México independiente, la gran mayoría de las filas de la élite del clero michoacano se formaron en las aulas del Seminario Tridentino de Morelia. Un número importante, si no es que

48. BAUTISTA, *Clérigos virtuosos*, p. 75; BUITRÓN, *Apuntes para servir a la historia*, pp. 243–245.

49. BAUTISTA, *Clérigos virtuosos*, p. 75.

50. Ana Teresa HERNÁNDEZ CANO, *Cázares Martínez. Pastor y Apóstol*, México, Editorial Progreso, 1992, pp. 86, 87; BUITRÓN, *Apuntes para servir a la historia*, p. 245.



casi todos los capitulares del Cabildo Catedral, fue egresado de esta importante institución de formación clerical, la cual fungió, no solo como semillero de futuros eclesiásticos de la propia diócesis, sino también como tejedora de la urdimbre del clero local michoacano y forjadora de redes de poder religiosos con proyección nacional. Cecilia Bautista hace un mapeo del camino que tomaban los clérigos michoacanos para llegar a ocupar los puestos de alto rango en el gobierno eclesiástico⁵¹. Esta autora muestra la importancia y el alto nivel académico que tuvo esta institución durante casi todo el siglo XIX, forjadora de eclesiásticos de élite que se convertirían en prelados de Michoacán, así como de algunos otros obispados. De esta manera, la rectoría del Seminario de Morelia se convirtió en la antesala a los nombramientos obispaes, ya que al menos seis rectores y dos vicerrectores del seminario ascendieron al episcopado mexicano⁵².

Así como los proyectos de las coronaciones de la Virgen de la Esperanza y de la Virgen de Guadalupe fueron dos eventos promocionados y realizados por el clero romano encabezados por Pelagio Labastida y su sobrino José Antonio Plancarte, la contraparte fue la coronación de la Virgen de la Salud, evento promocionado por los principales representantes del clero local, y a la cabeza el arzobispo Arciga y Ruiz de Chávez. Empezó a acontecer una lucha de poder entre el clero local y el romano en pos de las coronaciones de vírgenes, de sus advocaciones, de la reunión tras estas de fieles, e incluso de demostración de poder frente al papado. Por supuesto, la posición del prelado de Michoacán y del clero local habían cambiado para estos momentos. Se habían mantenido pacientes y sin demostraciones abiertas de rechazo hacia las coronaciones pontificias que hasta ese momento habían sido promovidas y efectuadas en exclusiva por el clero romano. A esta empresa se sumaron José María Cázares y Martínez, obispo de Zamora, y José de Jesús Ortiz de Ayala y Rodríguez, obispo de Chihuahua. Además, si apelamos a la ruta de ascenso descrita por Cecilia Bautista, y expuesta con anterioridad, de los promotores de la coronación de la Virgen de la Salud existieron dos exrectores y dos vicerrectores del Seminario Tridentino de Morelia, —a excepción de Rafael Sabás Camacho y García que fue exrector del Seminario de Guadalajara— por lo tanto, con esto se refuerza la idea de que fue esta institución de educación clerical la forjadora de lazos dentro del grupo local, además de fungir como plataforma de proyección para ascensos dentro del episcopado nacional⁵³.

92

El obispo Cázares y la vanguardia del clero local en pos de una coronación

Uno de los promotores de la coronación y figura muy importante del clero michoacano de la segunda mitad del siglo XIX fue el segundo obispo de la diócesis de Zamora, José María Cázares y Martínez, fiel pupilo de José Ignacio Arciga y Ruiz de

51. En su libro *Clérigos Virtuosos e Instruidos*, pp. 110-111.

52. Ángel Mariano Morales y Jasso (obispo de Sonora y de Antequera), Pelagio A. Labastida y Dávalos (obispo de Puebla y arzobispo de México), Clemente de Jesús Munguía (obispo y arzobispo de Michoacán), Ramón Camacho y García (obispo de Querétaro), José Ignacio Arciga Ruiz de Chávez (arzobispo de Michoacán), José María Cázares y Martínez (obispo de Zamora), José de Jesús Ortiz de Ayala y Rodríguez (obispo de Chihuahua y arzobispo de Guadalajara) y Rómulo Betancourt y Torres (obispo de Campeche) (BAUTISTA, *Clérigos virtuosos*, pp. 110-111).

53. *Ibidem*, pp. 110-111.

Chávez, a quien conoció en el Seminario de Morelia y quien tuvo una gran influencia sobre él⁵⁴.

Cázares Martínez nació en 1832 en la Piedad de Cavadas, en el estado de Michoacán. En 1847, su familia se mudó a la ciudad de Zamora, donde vivió su infancia. Siendo un adolescente se trasladó a Morelia, donde ingresó en el Seminario Tridentino a estudiar jurisprudencia. Posteriormente se tituló en Leyes por el Colegio de San Idelfonso en la Ciudad de México y se doctoró en Derecho por la Pontificia y Nacional Universidad de México. De regreso a su tierra natal, la Piedad, Michoacán, Cázares ejerció la abogacía hasta que, en junio de 1869, gracias a los consejos de su maestro, José Ignacio Árciga, decidió regresar a Morelia e iniciar los trámites para su ordenación sacerdotal. Dos meses después, el 22 de agosto, Cázares Martínez recibió la dignidad sacerdotal de las manos de su maestro, y el 10 de noviembre de ese mismo año fue nombrado por el arzobispo promotor fiscal de la curia. Así dio inicio la carrera eclesiástica de Cázares Martínez en el arzobispado de Michoacán, que gracias a la protección de su mentor y amigo José Ignacio Árciga, fue exitosísima⁵⁵.

En 1870, el doctor en leyes y ya presbítero Cázares asistió al Concilio Vaticano I como secretario y teólogo consultor del arzobispo Árciga. Ambos clérigos permanecieron en Roma hasta la suspensión temporal que sufrió dicho Concilio por la guerra franco-prusiana en julio de 1870. En octubre del mismo año, cuando Víctor Manuel II tomó la ciudad de Roma y el Concilio quedó suspendido definitivamente, Cázares y Árciga, quienes se encontraban refugiados en Suiza, se negaron a regresar a México como muestra de apoyo al papa Pío IX, aplazando su retorno a Morelia hasta principios del 1871⁵⁶.

El segundo arzobispo de Michoacán tuvo siempre en gran estima a José María Cázares y Martínez, a quien le entregó en 1872 la posesión de la parroquia del Sagrario Metropolitano de Morelia. Además, pasados unos meses, lo nombró director interino del Seminario Tridentino de Morelia. Corto fue el periodo al frente del Sagrario, ya que el 20 de agosto 1873 fue designado prebendado de la Catedral de Morelia, siendo este nombramiento el trampolín que lo catapultó hacia una carrera eclesiástica *meteórica*. Árciga reconocía en Cázares una enorme capacidad, por ello le nombró juez de testamentos, capellanías y obras pías, provisor del arzobispado y vicario general de la archidiócesis. Si bien desde 1872 estuvo encargado del Seminario de manera interina, en 1876 fue designado rector de esta institución de enseñanza. Asimismo, le tocó trasladar a la institución a su lujoso nuevo edificio a un costado del templo de San José. José María Cázares se caracterizó por ser un fuerte defensor de la enseñanza clerical en instituciones mexicanas⁵⁷.

Cázares siguió los pasos de Munguía, Labastida y Árciga, quienes posteriormente de haber pasado por la rectoría del Seminario Tridentino de Morelia, tal como lo

54. HERNÁNDEZ CANO, *Cázares Martínez. Pastor y apóstol*, p. 37.

55. Ibidem, pp. 69, 70; Leopoldo LÓPEZ VALENCIA, “Monseñor José María Cázares y Martínez. Jurista y Eclesiástico Michoacano,” en Óscar CRUZ BARNEY *et al.* (eds.), *Los abogados y la formación del Estado mexicano*, México, Universidad Autónoma Nacional de México, 2013, p. 632.

56. Ibidem, pp. 608-632; HERNÁNDEZ CANO, *Cázares Martínez*, pp. 73-78.

57. LÓPEZ VALENCIA, “Monseñor José María Cázares y Martínez”, pp. 632, 634; HERNÁNDEZ CANO, *Cázares Martínez*, pp. 83-89, 164-189.



mencionábamos con antelación, fueron designados prelados de alguna diócesis del episcopado mexicano. En 1878, a la muerte del primer obispo de la diócesis de Zamora, Antonio de la Peña, el arzobispo de Michoacán José Ignacio Árciga propuso a la Santa Sede que se designara al entonces rector del Seminario, Cázares Martínez, como segundo obispo de dicha prelación. El 22 de mayo de 1878, el papa León XIII avaló dicha recomendación y el 20 de octubre José María Cázares fue consagrado en Morelia obispo de Zamora⁵⁸.

Los promotores directos de la coronación de la Virgen de la Salud fueron todos miembros destacados de la alta jerarquía eclesiástica michoacana y firmes representantes del clero local o educados en instituciones nacionales. A Cázares se sumó el obispo de Querétaro⁵⁹, Rafael Sabás Camacho y García (1884- 1908), quien fue educado en el Seminario de Guadalajara, no tuvo ningún cargo en el cabildo de Morelia ni en el Seminario Tridentino de la misma ciudad y mismo arzobispado. No obstante, su prolífica carrera eclesiástica la desarrolló en la vecina arquidiócesis de Guadalajara. Rafael Camacho ingresó en el Cabildo Metropolitano de Guadalajara en 1869 como medio racionero, ganó por oposición en 1871 la canonjía penitenciaria y en 1883, la dignidad de maestrescuelas. En 1879 fue designado Rector del Seminario de Guadalajara, donde implementó una gran cantidad de reformas a los planes y métodos de estudio. A su vez, atendió la dirección de las conferencias de señoras de San Vicente de Paúl y el asilo que ellas tenían a su cargo. El 23 de marzo de 1884, el papa León XIII lo preconizó obispo de Querétaro, y recibió la consagración episcopal el 24 de mayo de 1885. En los 23 años que ejerció su ministerio episcopal, inició la construcción de la Catedral de Guadalajara, fomentó la formación del clero y ayudó a varios escritores en la publicación de sus obras. Entre sus trabajos relacionados con el culto, fue gran impulsor de la devoción guadalupana siendo él, en palabras de Luis González y González, quien “inventó la peregrinación diocesana anual a la Basílica de Guadalupe, y nadie [en el Gobierno] lo contradujo”⁶⁰.

Otra de las importantes figuras del episcopado mexicano involucrado en la coronación de la Virgen de la Salud de Pátzcuaro fue el obispo de Chihuahua José de Jesús Ortiz Ayala, quien fue el encargado de pronunciar el sermón solemne de la ceremonia de coronación. José de Jesús Ortiz nació el 19 de noviembre de 1849 en Pátzcuaro, Michoacán. Llevó a cabo sus primeros estudios en el Colegio de San Nicolás de 1859 a 1863. En el año de 1864 ingresó en el Seminario Tridentino de Morelia, se recibió de abogado en 1870 y se ordenó en 1877. Permaneció en el Seminario como catedrático de física experimental hasta 1880, y llegó a ser vicerrector de esta importante institución. En 1884, ingresó en el cabildo de la Iglesia Catedral de Michoacán, donde ocupó el cargo de promotor fiscal de la curia y gobernador de la mitra. Fue nombrado primer obispo de Chihuahua en 1893, cargo en el que

58. LÓPEZ VALENCIA, “Monseñor José María Cázares”, pp. 89 -98.

59. Querétaro perteneció al arzobispado de México hasta 1863 cuando, al ser elevado a obispado, pasó a formar parte del entonces recién erigido arzobispado de Michoacán. Se mantuvo como diócesis sufragánea de Michoacán hasta el año 2006 (DÍAZ PATIÑO, *Católicos, liberales y protestantes*, p. 97).

60. Luis GONZÁLEZ y GONZÁLEZ, “El Siglo de las luchas” en *Obras completas*, tomo IV, México, Editorial Clío, El Colegio Nacional, 1996, p. 106; “Los universitarios entre el Instituto y la Universidad. Rafael Sabás Camacho y García”, en *Enciclopedia Histórica y biográfica de la Universidad de Guadalajara*, <http://enciclopedia.udg.mx/articulos/camacho-y-garcia-rafael-sabas> (consultado el 6-4-2023).

permanecería hasta 1902, cuando fue elegido arzobispo de Guadalajara. Murió en su sede arzobispal en junio de 1912⁶¹.

Por último, y atendiendo a la lista de rectores y vicerrectores del Seminario de Morelia que alcanzaron prelacías en el episcopado mexicano, que formaron parte del cercano círculo del arzobispo Árciga y Ruiz de Chávez y que fueron parte activa de la coronación de la Virgen de la Salud, estuvo Rómulo Betancourt y Torres. Betancourt nació en Irapuato, Guanajuato, el 16 de febrero de 1858, se trasladó en su adolescencia a estudiar a la Ciudad de México, donde ingresó en la Escuela Nacional de Medicina y obtuvo el título de farmacéutico. Posteriormente, se mudó a la ciudad de Morelia, donde entró a estudiar en el Seminario Tridentino de esta ciudad capital y se ordenó sacerdote en 1885. Fue catedrático de dicha institución, donde llegó a ser vicerrector. Dentro del cabildo catedralicio de Morelia, fue provisor general y prebendado de dicha Iglesia catedral. Organizó diversas asociaciones, como las Conferencias de San Vicente de Paul y la Junta de Instrucción Pastoral. Fungió como consultor en el Primer Concilio Provincial de Michoacán en 1887. En noviembre de 1900, fue consagrado obispo de Campeche por el arzobispo Atenógenes Silva. A menos de un año de haber sido preconizado, murió en Mérida, Yucatán, el 21 de octubre de 1901⁶².

Fue así como un gran número de clérigos pertenecientes al arzobispado de Michoacán se adherieron al proyecto pastoral del arzobispo José Ignacio Ruiz de Chávez, quien, como lo explica Cecilia Bautista⁶³, trazó un proyecto de reforma de las instituciones eclesíásticas tomando como piedra angular la incentivación de las prácticas religiosas a partir de dos grandes vertientes: mejoras en la instrucción del clero y consolidar la adhesión de los fieles a la religión católica. Para lograr lo anterior, se instituyeron, por mencionar las más importantes, cuatro estrategias: las visitas pastorales, la reforma en la educación del sacerdocio, la revitalización de la vida religiosa y la organización de la educación católica de la sociedad.

Vale la pena recordar que todas estas acciones planificadas dentro del proyecto pastoral del arzobispo Árciga responden a un macroproyecto de renovación espiritual iniciado por el papa Pío IX y consolidado por su sucesor. Tal como lo expone Gabriela Díaz Patiño, León XIII emprendió una decidida directriz papal para alentar y prodigar las manifestaciones religiosas públicas donde “se encontraba la verdadera fuerza y defensa del catolicismo frente a los embates liberales y del protestantismo”⁶⁴.

Continuando con las estrategias implementadas por el arzobispo Árciga para lograr una revitalización de la vida religiosa en el arzobispado y que la Iglesia católica se hiciera presente en la vida de la sociedad michoacana, podemos decir que fueron varias, entre ellas la creación o reactivación de asociaciones religiosas en diversas parroquias del arzobispado, y por mencionar algunas de estas tenemos a las Hijas de María, las Hijas del Santísimo Sacramento, las Hijas de la Vela Perpetua, las Damas

61. BAUTISTA, *Clérigos virtuosos e instruidos*, p. 114.

62. *Ibidem*.

63. Cecilia Adriana BAUTISTA GARCÍA, “El Arzobispado de Michoacán durante la gestión de José Ignacio Árciga, 1868-1899”, en ídem (coord.), *La Iglesia Católica en México: Episodios de una larga transformación, siglos XVIII y XIX*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2017, p. 198.

64. DÍAZ PATIÑO, *Católicos, liberales y protestantes*, pp. 65-66.



Católicas, los Caballeros de Colón y, la que más nos interesa para este estudio, la Asociación de Caballeros y Damas de Honor de María Inmaculada de la Salud, revitalizada en 1893⁶⁵.

Otra de las estrategias para arraigar la piedad y devoción en el pueblo fue la instauración de prácticas de religiosidad cotidiana como el rezo diario del rosario, los ejercicios espirituales preparativos para la Semana Santa, la devoción al Santísimo Sacramento y al Sagrado Corazón de Jesús. Junto a todo ello, se emprendió una gran promoción a la devoción mariana, y en especial a la Virgen de Guadalupe y a la Virgen de la Salud de Pátzcuaro⁶⁶.

Este proceso de reforma eclesial en el arzobispado de Michoacán, promovido y llevado a cabo por el arzobispo José Ignacio Ruiz de Chávez, fue enmarcado con la celebración del Primer Concilio Provincial Michoacano, el cual tuvo lugar en la catedral de Morelia y fue inaugurado solemnemente el día 10 de enero de 1897. Acompañaron al arzobispo Árciga en este concilio José María Cázares, obispo de Zamora; Rafael Camacho, obispo de Querétaro; Tomás Barón, obispo de León, y Herculano López, obispo de Sonora. La sesión de clausura tuvo lugar el 28 de marzo de 1899 y el sermón estuvo a cargo del obispo de Querétaro, Rafael Camacho, quien en su exposición hizo una recapitulación de todo lo que había tenido que sufrir la Iglesia católica provocado por el liberalismo⁶⁷.

Sin embargo, y con lo importante que fue el Primer Concilio Provincial Michoacano, no fue este el evento culminante de la administración episcopal de Árciga. El 8 de diciembre de 1899 tuvo lugar la coronación pontificia de la Virgen de la Salud de Pátzcuaro, que se postuló como la coronación simbólica de su gestión arzobispal, la preseña al final de sus días, y literal al final de sus días, ya que pasado un mes de dicha celebración José Ignacio Árciga murió. Este acontecimiento fue el escenario perfecto para realizar un homenaje en vida al ya muy enfermo arzobispo. Se aprovecharon los reflectores para plasmar y difundir un discurso triunfalista de su administración, realizar una oda a los esfuerzos puestos en la reestructuración de su Iglesia. El espacio fue detenidamente elegido: su natal Pátzcuaro y la imagen donada por el ilustre Don Vasco de Quiroga, primer obispo de la diócesis.

96

65. *Crónica de la solemne coronación de la imagen*, p. 18; BAUTISTA, “El Arzobispado de Michoacán”, p. 192; Manuel CEBALLOS RAMÍREZ, *El catolicismo social: un tercero en discordia. Rerum Novarum, la “cuestión social” y la movilización de los católicos mexicanos (1891-1911)*, México, El Colegio de México, 1991; Gabriela DÍAZ PATIÑO, “El Catolicismo Social en la arquidiócesis de Morelia, Michoacán (1897-1913)”, *Tzintzún. Revista de Estudios Históricos*, 38 (2003), pp. 121-122; CALDERÓN, *Joyas de Pátzcuaro*, pp. 63 -71.

66. BAUTISTA, “El Arzobispado de Michoacán”, p. 192.

67. ACCM, “Crónica del Concilio”, *Boletín Eclesiástico de la Provincia de Michoacán*, tomo I, núm. 3, 2 de febrero de 1897, pp. 48-57; AHCM, Fondo Diocesano, Sección Gobierno, Siglo XIX, Serie Sacerdotes, Subserie Licencias, Caja 470, Expediente 504, 1897, “Libro de Canon del Clero Secular de la Arquidiócesis de Michoacán”, Fojas 1 y 1v.; HERREJÓN, “Don José Ignacio Árciga”, pp. 227-228; Hernández Cano, *Cázares Martínez*, pp. 227- 283; DÍAZ PATIÑO, “El Catolicismo Social”, pp. 105, 106; BUITRÓN, *Apuntes para servir a la historia*, pp. 245-246; Luis M^a ALTAMIRANO y BULNES, *Album Jubilar*, Morelia, Publicistas FIMAX, 1949, p. 136.

El trasfondo del catolicismo social: asociaciones y parafernalia al servicio de la Reina de Pátzcuaro

Junto con la remodelación del Santuario de la Virgen de la Salud⁶⁸, se inició la reactivación de la extinta Asociación de Caballeros y Damas de Honor de la Santísima Virgen de la Salud. La reactivación o fundación de asociaciones religiosas ligadas al culto, y, sobre todo, al culto mariano, fueron impulsadas por la política reformista del arzobispo Árciga.

Al no contar con los reglamentos anteriores, que al parecer se habían perdido y no se tenía noticia de ellos en el archivo del Santuario, los promotores de la asociación propusieron al prelado una comisión o junta directiva que podría encargarse de su redacción, a reserva de lo que el arzobispo decidiera. El 29 de septiembre de 1893, Árciga autorizó la comisión y ordenó, no solo que se iniciara la redacción de los estatutos, sino que además se encargaran de preparar y reclutar a los miembros fundadores, ya que se quería contar con la instauración de la *Asociación de Caballeros y Damas de Honor de la Santísima Virgen* el mismo día de la colocación de la Virgen en su renovado Santuario. La gente a formar parte de esta asociación debía de destacarse por su notoria piedad, buena conducta y conocido amor a la Santísima Virgen en su Además debían cumplir con las siguientes condiciones:

1ª.- Que sean católicos, apostólicos y romanos y no se avergüenzen [*sic*] de hacer pública profesión de su fe, ni de estar públicamente infamados por una conducta inmoral e irreligiosa. 2ª.- Que no pertenezcan ni tengan afinidades con ninguna secta a Asociación reprobada por la Santa Iglesia. 3ª.- Que den, no sólo indicios sino pruebas verdaderas de su amor, respeto y veneración á la Santísima Virgen. 4ª.- Que aunque las obligaciones se les impongan por solo el título de socios, no les obligue bajo pecado, ofrezcan sin embargo cumplir con eficacia para que puedan lucrar las ganancias e indulgencias que se concedan a la Asociación.”⁶⁹

La junta directiva de la Asociación redactó a toda prisa los Estatutos que los regirían donde, a grandes rasgos, las obligaciones de los futuros socios serían honrar, privada y públicamente, a la Virgen de la Salud promoviendo su devoción con particulares prácticas y atender el culto y conservación del Santuario, además de tener que aportar una pequeña limosna mensual con el objeto de que siempre hubiera disponible un fondo propio que sirviera para los objetos e insumos necesarios para las celebraciones religiosas y festivas⁷⁰.

Además de alistar todos los preparativos para la fiesta del 8 de diciembre, día de la Inmaculada Concepción y fecha aprobada para el arribo y colocación de la Virgen de la Salud en su nuevo altar del restaurado Santuario, la junta directiva de la Asociación

68. La Virgen de la Salud ha ocupado diversos espacios, específicamente tres, y por lo tanto vale la pena que brevemente los expongamos para así no caer en confusiones. El primero fue en la capilla del hospital de indios de Santa Marta, donde permaneció desde su donación por el obispo Vasco de Quiroga, alrededor del año de 1538, hasta 1717, cuando fue colocada en su primer santuario, actualmente el templo del Sagrario, siendo este su segundo recinto. En 1907 se trasladó a la antigua iglesia parroquial de Pátzcuaro, antiguo templo proyectado como catedral por Don Vasco de Quiroga, y fue en este tercer recinto donde se efectuó la coronación pontificia de la Virgen de la Salud. El Santuario de la Virgen de la Salud fue objeto de múltiples decoraciones y algunas reparaciones desde su dedicación en 1717 hasta finales del siglo XIX. Sin embargo, hacia 1890, el templo necesitaba de una buena restauración, ya que la estructura se encontraba mermada por los años. Es aquí donde entra el ánimo y agradecimiento del arzobispo Árciga y Ruiz de Chávez con la Virgen de su tierra natal.

69. *Crónica de la solemne coronación de la imagen*, p. 19.

70. DÍAZ PATIÑO, “El Catolicismo Social, p. 122.



giró las invitaciones de los socios fundadores y además mandó troquelar el número suficiente de medallas para todos los nuevos socios. Las medallas se elaboraron en plata y con peso de una onza, grabando en el anverso el busto de la Virgen de la Salud y en el reverso la siguiente inscripción: “Asociación de Caballeros y Damas de Honor de la Santísima Virgen de la Salud, reorganizada en Pátzcuaro el 8 de diciembre de 1893”. Para las Damas de Honor, se mandó hacer el número necesario de bandas en gro azul que llevaban bordado en hilo de plata el monograma de Virgen María. Es de destacar que todo estaba pintado con los colores y símbolos inmaculistas. Asimismo, se preparó y remitió al arzobispo para su sanción, el sello con el cual se cuñarían los documentos oficiales de la Asociación⁷¹.

La mañana del 6 de diciembre de 1893 el arzobispo Arciga rodeado de un gran número de eclesiásticos “hijos de la Ciudad de Pátzcuaro”, así como de personajes importantes del clero nacional, además de importantes miembros de la sociedad, no sólo michoacana, llevó a cabo la consagración del recién remodelado Santuario. Esta ceremonia se hizo bajo la más estricta observancia del Pontifical Romano, alistando con ello el templo para recibir a la Virgen de la Salud el día 8. En el altar mayor, dedicado a la madre de Dios se depositaron las reliquias de los santos mártires “Plácido, Clemente papa, Benito, Repasado, Urbano papa, Paulina, Epigmenia, y otros”⁷².

Afuera, el ambiente era festivo. En las calles se podía percibir la alegría, tanto de los habitantes de la ciudad como de los múltiples visitantes que iban arribando provenientes de poblaciones cercanas, así como de puntos bastantes alejados del país.

Para engalanar la ciudad se había acordado, con semanas de anticipación, que las cortinas que adornarían las fachadas de los edificios y casas serían blancas con adornos azules y en el centro se les colocaría en monograma de la Virgen María abrazado por laureles, vistiendo así la celebración de símbolos inmaculistas, sin dejar de mencionar que la fiesta mayor sería precisamente el 8 de diciembre, día de la Inmaculada Concepción de María y fecha marcada como una de las dos fiestas titulares de la Virgen de la Salud. Menciona la crónica que el modelo de cortinas y monograma a colocar en las fachadas había sido expuesto semanas atrás en la casa de un particular para que de ahí se tomara el modelo, propiciando con ello una uniformidad y elegancia en el decorado de la ciudad⁷³.

La mañana del día 7 se trasladó la imagen de la Virgen de la Salud de la capilla de las Hijas de María, donde se encontraba, a su renovado Santuario. Si bien la fecha acordada para la llegada de la sagrada imagen era el 8, el traslado y colocación de la Virgen en su nuevo altar se desarrolló un día antes de la fiesta de dedicación, esto con el propósito de que todo estuviera listo, en orden y sin contratiempos para la celebración solemne. Para ello se formó una comitiva que acompañó al arzobispo de Michoacán, entre ellos importantes sacerdotes de toda la arquidiócesis de Michoacán, hijos todos de Pátzcuaro. También acompañaron a la Virgen en su peregrinar a su nuevo altar las secciones de Caballeros y Damas de honor, portando sus insignias y vestidos con

71. *Crónica de la solemne coronación de la imagen*, p. 20; CALDERÓN, *Joyas de Pátzcuaro*, pp. 65- 67.

72. *Crónica de la solemne coronación de la imagen*, p. 30. José ESPINOSA, *Apuntes Históricos sobre la imagen de Nuestra Señora de la Salud*, Guanajuato, Tipografía Artística, 1940, pp. 36-37; CEPEDA, *América mariana*, pp. 165-166; José Manuel MARTÍNEZ AGUILAR, *100 Patzcuarenses que han dejado huella*, Morelia, Talleres de Genotipo Gráficos, 2017, p. 32.

73. *Crónica de la solemne coronación de la imagen*, p. 33.

uniformidad y decoro, así como algunos particulares y vecinos importantes de la Ciudad.

Durante el trayecto, los asistentes cantaron las Letanías Lauretanas acompañando a la imagen mariana hasta su nuevo altar. Una vez instalada la Virgen en su nueva morada, el secretario de la Mitra, José Luna y Menocal, leyó el acta de consagración e instalación. La ceremonia solemne terminó con un repique de campanas en todos los templos de la Ciudad de Pátzcuaro, así como un sustanciosa salva de cohetes que creó una espesa nube de humo con olor a pólvora⁷⁴.

Llegó el día esperado. A las ocho y media de la mañana del día 8 de diciembre, comenzó la función solemne de dedicación del Santuario, bendición y recibimiento formal de la Virgen de la Salud en su nuevo altar. El templo se encontraba engalanado con lujosos adornos y colgaduras, y en el antetemplo se dispuso un esplendoroso altar representando *La Fuente de la Gracia*⁷⁵, sobre el cual se dispuso una imagen de la Virgen de Lourdes, con lo que quedaba más que clara la intención de ponderar los símbolos inmaculistas en esta celebración⁷⁶. Es muy interesante que se recurriera a la imagen de la Virgen de Lourdes, la mariofanía de la Inmaculada Concepción de María más importante de la segunda mitad del siglo XIX, sobre todo como símbolo de la restauración de la Iglesia católica y la renovación del catolicismo por medio del perfeccionamiento de la espiritualidad cristiana. Además, al asociar a la Virgen de Lourdes y la Virgen de la Salud, ambas patronas de los enfermos, se pudo haber insinuado la intención de equiparar al Santuario de la Virgen de la Salud con el lugar de peregrinación más importante del mundo católico a finales del siglo XIX: Lourdes, Francia. Por último, cabe recordar que fue la Virgen de Lourdes el modelo mariano más popular de la época, y cuya “rumbosa coronación en 1876”⁷⁷ fue el ideal a recrear en subsecuentes coronaciones en todo el orbe católico, entre ellas la de la Virgen de la Esperanza de Jacona, en 1886, y la que en esos momentos se encontraba en preparativos, la de la Virgen de Guadalupe, que se celebró en 1895.

Desde el día 8 hasta el día 14 de diciembre, diversas peregrinaciones de pueblos aledaños arribaron al Santuario de Nuestra Señora de la Salud para tributar sus homenajes a su querida Virgen. Las peregrinaciones al llegar a la ciudad se dirigían directas a rendir homenaje al Santuario de la Virgen, dónde el cura párroco los recibía con cruz alta y ciriales. Al siguiente día, cada peregrinación se encargaba por la mañana de cantarle una misa a la Virgen, y por la tarde se rezaba un rosario solemne.

74. Ibidem.

75. La simbología inmaculista de las llamadas Letanías Lauretanas tiene su fundamento en el libro del *Cantar de los Cantares*. Esta simbología formará parte del prototipo iconográfico inmaculista conocido como *Tota Pulchra*. Uno de esos elementos simbólicos es “La Fuente”; “Este símbolo aplicado a María es interpretado como un elemento vivificador y purificador. El agua es madre y matriz en la tradición judía. Es el origen de la creación. De igual modo, la Virgen es fuente de una nueva vida. De su maternidad divina ha brotado para la humanidad la verdadera vida: Jesucristo” (José Antonio PEINADO GUZMÁN, “Simbología Inmaculista, Letanías Lauretanas e Iconografía,” en *Archivo Teológico Granadino*, 75 (2012), pp. 170, 180). Sobre este tema, también véase Suzanne STRATTON, *La Inmaculada Concepción en el arte español*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1989; Pablo GONZÁLEZ TORNEL, “Arte y dogma. La fabricación visual de la causa de la Inmaculada Concepción en la España del siglo XVII”, en *Magallánica: Revista de Historia Moderna*, 5 (2014), p. 81.

76. *Crónica de la solemne coronación de la imagen*, p. 35.

77. CUADRIELLO, “La corona de la Iglesia para la reina”, p. 155.



La culminación de una empresa: La aprobación pontificia de la coronación de la Virgen de la Salud

En la junta extraordinaria de la Asociación de Caballeros y Damas de Honor de la Virgen de la Salud, celebrada el 25 de mayo de 1897, se impulsó de nuevo la iniciativa de retomar los trabajos para lograr la coronación pontificia de su reina⁷⁸. Habían transcurrido poco más de tres años desde la colocación de la soberana en su nuevo altar, y dos años y meses desde la coronación de la Virgen de Guadalupe. Se determinó que, como primer paso, se debía de dirigir una comunicación oficial al arzobispo solicitando su aprobación a dicha iniciativa. La respuesta llegó de inmediato.

La junta de la Asociación de Caballeros y Damas de Honor recibió con regocijo la resolución del prelado y al instante se comisionó al presidente de dicha junta para que elaborara el curso de petición de coronación. Asimismo, se dieron instrucciones a la secretaria para que se redactara la circular para los curas foráneos para que suscribieran tan anhelada petición al santo Padre. El arzobispo hizo hincapié en su respuesta en la necesidad de hacer estos trámites a la máxima brevedad, ya que se podía aprovechar a la comisión que pronto saldría con destino a Roma a llevar el expediente del Concilio Provincial Michoacano para que a su vez trasladara a la Ciudad Eterna el expediente de la coronación.

100

Ahora, es interesante analizar que la iniciativa de coronación de la Virgen de la Salud siguió la misma fórmula que las demás Vírgenes coronadas del clero romano: la idea de impulsar algún evento o promoción devocional *surgía* siempre de los fieles y no de las autoridades eclesiásticas. Sin embargo, por la rapidez en los trámites y diligencias, más parece que las ideas se gestaron desde la autoridad, pero para darle legalidad y aceptación popular era necesario que se mostrara que la iniciativa venía de los propios devotos y que no era una imposición arbitraria.

Los meses transcurrieron y el curso de petición para la coronación pontificia fue firmado por un gran número de curas y fieles, tal como lo había ordenado el arzobispo. Rezaba una costumbre muy antigua, la cual establecía que todas las vísperas de los días 15 de agosto y 8 de diciembre, fechas de fiesta patronal de la Virgen de la Salud, la imagen era trasladada con una gran solemnidad de su nicho a un trono especial que se colocaba frente a este y permanecía ahí durante toda la octava. Su salida se hacía en una procesión que partía del Santuario, daba la vuelta por el cementerio y de regreso a su recinto. La acompañaban siempre una importante comisión de miembros distinguidos del clero, un grupo de Caballeros y Damas de Honor, así como invitados especiales. Esto también aconteció el día 6 de diciembre de 1897. Sin embargo, al regresar la imagen al interior del templo el cura párroco, Ignacio M. Torres, en presencia del arzobispo, dio lectura al curso de solicitud para la coronación, el cual ya había circulado por todos los curatos del arzobispado y contaba con un total de 2.742 firmas al calce⁷⁹.

78. En relación con la iniciativa para coronar a una imagen, el *Ritual de coronación de una imagen de santa María Virgen* dice: “Al Obispo de la diócesis, juntamente con la comunidad local, corresponde juzgar sobre la oportunidad de coronar una imagen de la Santísima Virgen María” (*Ordo coronandi imaginem Beatae Mariae Virginis*, Ciudad del Vaticano, Libreria Editrice Vaticana, 1981, p. 9).

79. *Crónica de la solemne coronación de la imagen*, pp. 52-53.

Terminada la lectura del documento, José Ignacio Ruiz de Chávez manifestó su absoluta complacencia en tan anhelada iniciativa y expresó que de inmediato se procedería a formar el expediente para “ocurrir a Roma en solicitud de que Nuestro Santo Padre el Señor León XIII se digne a coronar con diadema de oro a la Imagen Patrona de Pátzcuaro...”⁸⁰. El arzobispo confiaba en que el asunto tendría pronta respuesta favorable, además de que el expediente, como ya habíamos mencionado, viajaría a la brevedad a Roma junto con los documentos respectivos al Concilio Provincial Michoacano⁸¹. El arzobispo hizo saber que las fiestas por realizarse con motivo de tan importante celebración no sólo quedarían a cargo de los sacerdotes de la ciudad y de la Asociación de Caballeros y Damas de Honor, sino que debería haber una participación general de los pobladores de la ciudad, e incluso de fieles de poblaciones foráneas, todo ello con la intención de crear un ambiente de regocijo cristiano y una sorprendente fiesta pública.

Se armó a toda marcha el expediente de solicitud para la coronación, que salió para Roma tan solo algunos días después de la relatada ceremonia. El arzobispo comisionó al secretario de la Mitra, José Luna Menocal, y al canónigo Francisco Nieto y al presbítero para que en su representación se trasladaran los documentos del Concilio y el expediente de la coronación. Llegados a la Ciudad Eterna, se corrieron las diligencias pertinentes y para finales del mes de abril de 1898 se contó con la respuesta positiva. El 23 de abril, a las 11 de la mañana, llegaba a Pátzcuaro un mensaje para el párroco Ignacio M. Torres del señor arzobispo, el cual rezaba:

Señor cura don Ignacio Torres. Escriben de Roma *Concedida coronación María Santísima de la Salud*. Aviso al pueblo, repiques y salvas si es posible. Cohetes muchos por cuenta del Padre Luna. Mañana estaré en esa. El Arzobispo⁸².

La noticia se difundió rápidamente por toda la ciudad y las poblaciones aledañas. Tan solo habían transcurrido algunas horas desde que la buena nueva llegó y ya la música se escuchaba en muchas plazas. El repique de las campanas de todos los templos y la salva general de cohetes alertaba a una población confundida que, poco a poco, se iba enterando de la gran noticia: Pátzcuaro pronto sería testigo de la coronación de su Reina.

El día 24 de abril arribó el arzobispo Árciga a la ciudad de Pátzcuaro e inmediatamente convocó una junta general de vecinos para el día 28. En ella relató con pormenores lo relativo a la autorización pontificia para coronar en nombre del papa León XIII a la Virgen de la Salud. Comenzando por expresar el gran privilegio que significaba esta distinción para la imagen y para el mismo pueblo de Pátzcuaro y cuya fecha se había determinado que fuera el 8 de diciembre de ese mismo año, día de la Inmaculada Concepción y día también de fiesta patronal de la Virgen de la Salud, tal como lo mandata el Ritual de Coronación:

80. Ibidem.

81. Ignacio Árciga y Ruiz de Chávez, en apoyo a la iniciativa de León XIII de convocar concilios locales que recabaran información para ser expuesta en 1899 en el Concilio Plenario Latinoamericano, organizó el I Concilio Provincial Michoacano. Este tuvo lugar del 10 de enero al 28 de marzo de 1897 en la ciudad de Morelia (ACCM, “Crónica del Concilio”, pp. 48–57; DÍAZ PATIÑO, “El Catolicismo Social”, pp. 105–106).

82. *Crónica de la solemne coronación de la imagen*, p. 54.



El rito de la coronación ha de realizarse en alguna solemnidad o fiesta de santa María Virgen, o en algún otro día festivo. Pero no conviene hacerla ni en las grandes solemnidades del Señor ni tampoco en días de carácter penitencial⁸³.

Analizado el alcance de esta celebración, el arzobispo expresó su intención de que la función solemne se llevara a cabo en el templo Parroquial, que fue en sus inicios el ambicioso proyecto de la gran catedral de Don Vasco de Quiroga⁸⁴. La intención de hacerlo en el templo parroquial fue por la capacidad del recinto, ya que en el Santuario de la Virgen el espacio hubiera sido insuficiente para albergar a un gran número de asistentes. El arzobispo expuso a los asistentes a la reunión un presupuesto aproximado de 12.500 pesos para el adorno del templo. Buena parte de la partida general se la llevaron las tareas de acondicionar y restaurar el artesón, si bien se contó para ello con Claudio Molina, decorador de la Catedral de Morelia. A esta cantidad se debía agregar el costo de un buen y elegante vestido bordado en hilos finos para la Virgen, su corona de oro y piedras preciosas⁸⁵. Todo ello se calculaba en un total de 25.000 pesos para los gastos anteriormente mencionados. Por su parte, el arzobispo se comprometió a correr con los gastos de la restauración de la corona de prima que tenía la Virgen y encargó a su vez a la Damas de Honor la factura del vestido que debía lucir la Soberana el día de su coronación. Enseguida se procedió a nombrar y dejar instalada la comisión especial encargada de la colecta y del programa de la festividad.

El arzobispo José Ignacio Árciga Ruiz de Chávez vio siempre con gran ilusión el proyecto de coronación de la Virgen de la Salud. No sólo era la Virgen patrona de su infancia, también sería la obra cumbre de su gestión episcopal y de su propia vida. Tan pronto fue dada a conocer la Carta Pastoral del arzobispo Árciga, la población se llenó de júbilo y esperanza, ya que corrían rumores de que, debido a la quebrantada salud del prelado, probablemente la coronación se podía suspender. Sin embargo, al conocer las buenas nuevas, de inmediato todos pusieron manos a la obra para iniciar con los preparativos para obsequiar a su insigne Patrona diadema de oro y piedras preciosas.

102

Conclusiones

De manera general hemos analizado los planteamientos de la Iglesia vaticana a partir de los embates políticos, económico, territoriales y espirituales sufridos desde finales del siglo XVIII y con gran fuerza en la primera mitad del siglo XIX. Todos estos planteamientos impactaron de manera directa en la Iglesia mexicana desde su nacimiento con la independencia y su evolución, especialmente en la segunda mitad del siglo XIX. Este enfrentamiento Estado mexicano vs. Iglesia se agudizó en el proceso

83. *Ordo coronandi imaginem*, p. 10.

84. Años atrás este importante templo también había sido remozado por iniciativa del mismo José Ignacio Árciga. Véase Manuel TOUSSAINT *et al.*, *Iglesias de México 1525 -1925*, México, Publicaciones de la Secretaría de Hacienda, 1927, p. 85.

85. Al respecto de la diadema de oro para coronar a una imagen, el *Ritual de coronación de una imagen de santa María Virgen* dice lo siguiente: “La diadema o corona que se ponga a una imagen ha de estar confeccionada de materia apta para manifestar la singular dignidad de la Santísima Virgen; sin embargo, evítese la exagerada magnificencia y fastuosidad, así como el deslumbramiento y derroche de piedras preciosas que desdigan de la sobriedad del culto cristiano o puedan ser algo ofensivo a los fieles, por su bajo nivel de vida” (*Ordo coronandi imaginem*, p. 9).

reformista liberal y de secularización de mediados del siglo XIX, y esto como resultado de las Leyes de Reforma.

Como respuesta, se trasladó a México todo un proceso de romanización dictado desde la silla papal. La intención desde Roma fue una reorganización y recuperación del control de esta Iglesia nacional. Es precisamente aquí cuando se originaron las dos importantes facciones del clero mexicano: romanos vs. Locales, los primeros adheridos y en concordancia con la política vaticana, los segundos obedientes de las directrices, pero con una intención de mayor autonomía y de reconocimiento de su propia identidad, sobre todo la puesta en valor de haber sido formados en seminarios nacionales.

De esta forma, las pugnas político-religiosas entre estas dos facciones de la Iglesia mexicana fueron transportadas al plano simbólico de las coronaciones pontificias de las principales Vírgenes pertenecientes a cada facción. Desde finales del siglo XIX y los primeros años del siglo XX, diez imágenes marianas fueron ungidas con la corona pontificia. Si bien es cierto que todas las coronaciones respetaron la intención vaticana de adoptar y exaltar la cuestión inmaculista en las imágenes y sus celebraciones, siendo la causa y lucha primordial del pontífice como soberano infalible, no lo es menos que estas coronaciones pontificias de las vírgenes mexicanas fueron el escenario donde se expusieron las pugnas en el interior de la Iglesia mexicana.

El clero romano comandado por Pelagio Antonio Labastida y Dávalos, principal figura de la historia de la Iglesia decimonónica en México, tomó la delantera ciñendo con corona de oro a la Virgen de la Esperanza de Jacona en 1876 y a la Virgen de Guadalupe en 1895. En este sentido, es interesante señalar que, tras décadas de pugnas entre ambas facciones, la jerarquía del clero local adoptó la misma táctica que el romano en cuanto a las coronaciones pontificias de Vírgenes, en especial para sumar devociones y fieles a su causa. Esta táctica comenzó con la coronación de una de sus importantes vírgenes, como era la Virgen de la Salud de Pátzcuaro. A la cabeza de todo ello se encontró el arzobispo José Ignacio Árciga y Ruiz de Chávez, importante representante de la jerarquía eclesiástica local, quien fue secundado por José María Cázares y Martínez, obispo de Zamora; Rafael Camacho y García, obispo de Querétaro; José de Jesús Ortiz de Ayala y Rodríguez, obispo de Chihuahua, y Rómulo Betancourt y Torres, prebendado de la Catedral de Morelia y futuro obispo de Campeche.

Así, las tres primeras coronaciones pontificias llevadas a cabo en México a finales del siglo XIX fueron una muestra fiel de cómo la imagen de la Virgen María fue convenientemente utilizada como arma política. Con ello se dejó al descubierto todo un entramado de luchas de poder dentro del clero mexicano: dos facciones bien marcadas lucharon por la hegemonía del poder político de una Iglesia sobreviviente de una fuerte laicización y en vías de reconstrucción.

